

INTRODUCCION

Hace veinte años que murió José Octavio. Tenía 27; este año de 2015 cumpliría 50. José es mi hijo. "Es" y no "era", porque él sigue en mí, todos los días en los que, sin razón o con ella, se aparecen en mi mente sus manitas de bebé o su sonrisa de dientecillos diminutos que, uno a uno, fueron acomodándose bajo la almohada y robados, sigilosamente en la obscuridad de la noche, por aquel ratoncito Pérez que con ellos construyó su casita a cambio de unas monedas. O sus huesudas manos de adulto, su bello rostro barbudo, su risa de grandes dientes, su adusto ceño de adolescente en búsqueda eterna o sus enormes ojos rodeados de larguísimas pestañas de hombre valiente que cuenta sólo con horas para llegar su fin.

Todas esas imágenes llenan mi vida, junto con miles más para, en ocasiones, hasta hacerme reír, y en otras, muchas otras, hasta hacerme llorar. Los hijos, vivos o muertos, nunca se van de nuestro ser. Permanecen como canguritos metidos en un bolsillo de la mente, para salirse cuando les da la gana, como niños traviesos, a inundar nuestros pensamientos.

José murió de sida. Cuando se pierde un hijo, se rompe la vida y nunca más vuelve a ser igual. Es como tratar de pegar un florero roto al que le quedan cicatrices que nunca dejan de verse. En el caso de una vida, nunca dejan de doler. El luto no es de unos meses o un año; el luto es para siempre...Hay que aprender a vivir de nuevo partiendo de una carencia, como el cojo

sin su pierna o el manco sin su brazo. Pero ¿cómo vivir la vida cuando falta un pedazo de alma?

Hoy ese pesar sigue, pero tras un año de psicoterapia en la que saqué ese dolor, lo reconocí, lo volví a vivir y lo dejé ir, sentí la necesidad de contar su historia, la historia de un hombre joven quien, como tantos otros, por irresponsabilidad e inconsciencia o a lo mejor ignorancia, perdió la vida. Quizás aún no lo puedo dejar ir; quizás siento que así prolongo su existencia. Acaso, al hablar de él me curo a mí misma. Quiero hacer una radiografía de su vida, quiero entenderla, quiero entender el porqué de su muerte. Quiero que mis hijas lo entiendan y al hacerlo, se comprendan a sí mismas, pues José es parte de ellas. No sé si lo lograré; no sé si al terminar lo entienda más o muera yo un poco en el proceso. Sólo sé que necesito hacerlo...

Si él viviera se habría dedicado a ayudar, a tratar de salvar a los jóvenes de este flagelo, pues de hecho, cuando vivía, así lo hizo. Varios de sus amigos y amigas murieron antes que él y sé que estuvo su lado acompañándolos en sus últimos días. En cierta manera quiero continuar su obra, por pequeña que ésta fuera...Quiero que su historia toque almas, y que éstas tomen conciencia de esa enfermedad y se cuiden. Con uno solo que viva gracias a esta lectura me daré por bien servida. Así una muerte, la de mi hijo, dará vida a otra, no importa cual. Así su muerte tendrá sentido...

Hoy tengo ya 72 años, en los que, como todo ser humano, fui inocente, perdí la inocencia, caí, aprendí, me levanté con cierta gallardía, y gané sabiduría. Misma que -creo- me ha llevado a pensar que la vida es como un rompecabezas que se forma solo, con los empujoncitos que le damos cada vez que tomamos una decisión; éstas, buenas o malas, van dando a lugar a

realidades que se entretajan, sin que nos percatemos de que de esa manera, se nos está tejiendo la vida y así, sin darnos cuenta, llegamos a ser personas Adultos Mayores o de la Tercera Edad, como se les llama ahora. Yo creo que ya voy entrando a la Cuarta, pero no importa; me siento feliz y útil. De la edad sólo me acuerdo cuando me miro al espejo...y lo que es más importante...sigo aprendiendo pues finalmente, de eso se trata la vida.

Este es parte del rompecabezas de mi vida y espero que tú, lector, disfrutes de él, quizás llores, quizás no; a lo mejor aprendes algo y quizás, de alguna manera, puedas cambiar, aunque sea un poco, la perspectiva que tienes sobre el comportamiento humano.

CAPITULO UNO

JOSE OCTAVIO - INFANCIA

El padre de mi hijo es diplomático de profesión. De esta manera, la vida de José, como la de toda la familia y la de la gran mayoría de los diplomáticos, estuvo marcada por etapas muy precisas según el país al que nos destinaban. De Lima, donde nació, a Nueva Orleans, donde vivimos cuatro años. De ahí pasamos tres años en la India y regresamos a Perú, donde llegó al mundo mi primera hija, Eliana. Después a Estados Unidos, Washington, D.C., donde nació la segunda, Helena y, cinco años más tarde, a Cambera, Australia. Cuatro años en ese país, para regresar todos, excepto José, a Perú. José, quien ya contaba con 19 años, se quedó en México, viviendo con mi madre, para comenzar sus estudios universitarios. De aquí, ya nunca se movió.

Esta vida cuadriculada como cubitos de madera de un rompecabezas para infantes, es sumamente estresante, sobre todo para los niños. Esos cambios de país, casa, idioma y amigos, según las estadísticas, ocasionan niveles muy elevados de tensión y, en consecuencia, marcan fuertemente la personalidad en vías de formación de los muchachos. Algunos diplomáticos solucionan eso dejando a sus hijos en internados de los que sólo salen para visitar a sus padres en períodos de vacaciones. Esto, desde luego, también angustia y no es la solución perfecta.

En nuestro caso, cargamos con los hijos por todas partes, pues considerábamos que era más importante la unidad familiar en sus años de formación. Desgraciadamente, el hogar sólido y unido que hubiera servido para darles cierta estabilidad, no funcionaba ya. Las discusiones entre el padre y la madre eran cada vez más frecuentes, el desamor y el ausentismo del padre cada vez más prolongados. El estrés, por este tipo de vida, también se apodera de los adultos.

En el caso particular de José, la comunicación con su padre era prácticamente nula y muy superflua; se reducía a algún intercambio de palabras al desayunar o tarde en la noche. Los fines de semana, el cabeza de familia también tenía que trabajar. Esto, lamentablemente, constituyó un gran vacío en la vida de José. Este ausentismo, ese hueco, también lo marcaron. Quiso mucho a su padre y siempre añoró alcanzarlo, cosa que nunca logró, ni siquiera cuando le quedaban pocos días de vida.

En lo que a mí respecta, traté siempre y de mil maneras de establecer contacto con él. No era fácil. José podía cerrarse en su caparazón y no permitir que nadie lo penetrara.

Las cartas me dieron buen resultado. De alguna manera, las discusiones cara a cara se le dificultaban. Hablábamos en español, pero con el paso de los años viviendo en países de habla inglesa, no encontraba con facilidad las palabras para expresarse en nuestro idioma. Esto lo ponía tenso y, con ello, aumentaba la dinamita a punto de explotar en su interior. Yo no me quedaba atrás, pues en aquella época era yo bastante irascible. En una ocasión, teniendo él unos 16 años, ambos nos pusimos muy violentos. Ahí me di cuenta de que no lograríamos nada por ese camino, así es que callé y me retiré. Ya más calmada, le escribí una carta expresando mis puntos de vista y el porqué de mis regaños. La puse en un sobre y la dejé sobre su escritorio. A la mañana siguiente, la respuesta estaba pegada con un imán a la puerta del refrigerador y así se inició nuestra comunicación epistolar que duró toda la vida. Para ser padre hay que echar mano a toda la inventiva posible. Lo importante es no perder la comunicación.

LIMA

Esta es la historia de José Octavio que, en gran parte, también es la mía. Nació en Perú de madre mexicana y padre peruano. ¿No comienza aquí una ambigüedad en su vida, un sentirse entre dos mundos?

No queríamos tener hijos de inmediato, pues yo deseaba terminar mi carrera de Historia y teníamos planes de viajar y conocernos más como pareja. Recién casada me fui a vivir a Perú, pues mi esposo era funcionario en el Servicio Exterior de ese país. Sin embargo, a los tres meses ya estaba encinta y lloré mucho por esto, pues el embarazo no estaba en mis planes y también, quizás, porque era demasiado joven y no me sentía capaz de afrontar las responsabilidades de madre. Ahora se afirma que los bebés sienten aun estando en el vientre materno. Quizás él se sintió rechazado, no lo sé; lo que sí sé es que desde el momento que lo sentí moverse en mi interior con una serie de golpecitos o latidos casi imperceptibles, en un pequeño cuarto de un

modesto hotel de la ciudad del Cuzco, lo quise de una manera que no hay palabras para describir; cualquier madre que lea esto sabrá entender lo que se siente.

El caso es que nació grande, fuerte, precioso y amado por todos los que lo rodeábamos, el 27 de marzo de 1965.

Durante todo el embarazo estuve bajo los cuidados de una doctora alemana que, en aquel entonces, era la única en Lima que propiciaba el "parto sin temor" y sin anestesia. Era una mujer muy alemana, tanto en lo físico como en su manera de ser algo seca, pero afable. Inspiró en mí mucha confianza y, bajo su dirección, practiqué los ejercicios de respiración para este tipo de parto. Desafortunadamente, a última hora tuvieron que anestesiar me porque se presentó una pequeña complicación, de manera que, con mi primer hijo, me perdí ese maravilloso momento que es sentir cuando el bebé sale de nuestro cuerpo.

Como si fuera ayer recuerdo cuando desperté, aún en la sala de partos, en el instante en que colocaban al bebé sobre mi pecho. Fue un momento en que el tiempo se detuvo, en que floté en una nube de incredulidad o de una felicidad tan enorme que fui incapaz de comprenderla, y luego ahí quedó, eternamente en el recuerdo, para volverlo a sacar, como si fuera una gema, de un cajoncito de mi joyero emocional. Se saca, se vuelve a admirar, se vuelve a llorar de emoción y lo guardamos nuevamente por un tiempo. Tengo muchas de esas piedras preciosas.